



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12359

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Redacción y Administración Mayor, 24

MARTES 13 DE ENERO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Vuelta a las andadas

Quando creíamos que el asunto de Marruecos era cosa pasada, resulta que vuelve a ser actualidad.

Ya no está el pretendiente alejado de Fez y como fugitivo, ni están las kabilas rebeldes arrepentidas de sus culpas é implorando el perdón del sultán. El primero, si se había alejado hacia Tazza era para volver con tropas de refresco; y en cuanto a las segundas, lo esperaban reunidas en la zona en que fueron derrotadas las tropas imperiales.

Y ya ha vuelto decidido a tomar la ofensiva. Las últimas noticias lo señalan a veinte kilómetros de Fez, rigiendo fuerzas numerosas y dispuesto a combatir a los contrarios, en tanto que éstos continúan al abrigo de las fortalezas, desmoralizados, hambrientos y mermados, pues se registran muchas deserciones en las filas imperiales.

La gravedad de la indicada situación, que es realmente grande para la política interior del imperio, sólo es relativa para las naciones europeas. Pueden los moros cambiar de soberano por voluntad ó por fuerza; puede continuar en el trono Abd-el-Aziz ó puede sustituirlo el pretendiente. Eso ha de tener sin cuidado a las naciones que han declarado ya los propósitos que tienen de no intervenir en las cuestiones interiores del Magreb; pero en Fez hay representantes de las naciones indicadas, y dado el carácter de la guerra que sostienen los moros entre sí, pudiera suceder que en odio a los cristianos se cometiera un acto de agresión contra los mismos, determinando a la nación cuyos súbditos

fuesen los agredidos a exigir la debida reparación, ó a imponer por sí misma el castigo.

El temor de que ocurra un caso semejante es muy fundado. Porque lo es, el gobierno de la nación inglesa ha ordenado que salgan de la capital del imperio las mujeres de dicha nación, encargando a los hombres que se ausenten cuando lo crean oportuno; y en previsión de tener que reclamar ó de tomarse la justicia por su mano, ha reunido en el puerto gibraltareño escuadra numerosa.

En este asunto poco ha de hacer España. El gobierno ha tomado precauciones para poner lo nuestro al abrigo de un golpe de mano. Al efecto, ha ordenado a la costa varios batallones para enviarlos a Ceuta y a Melilla en el momento que lo crea conveniente.

Mas no está ahí el peligro, sino en lo que harían las denas potencias en el momento en que cualquiera de los que tienen intereses en Marruecos se viese obligado a intervenir.

¿Se cruzarían de brazos?

En caso tal el incidente no sería peligroso.

Intervendrían en colectividad como ocurrió en la China?

Seguramente sí; pero como esa unión sería impuesta por el recelo con que todos se miran, sucedería lo que sucede en el imperio celeste, regresando al punto de partida sin verificar el castigo o se quitarían la careta provocando la temida conflagración.

No es presumible que haya quien la provoque por propia voluntad; pero no hay que perder de vista que Marruecos es una mina cargada de explosivos y puede haberla estallar una imprudencia.

Ahí está el peligro; y es tan du-

doso el resultado que pudiera dar aplicarle la mecha, que el temor que inspira provocarlo es lo que mantiene la confianza de que no será turbada la paz europea.

TIJERETAZOS

Dice la prensa que varios gobernadores han exigido la dimisión a determinados alcaldes.

Y uno de ellos, que no se muerde, por cierto, la lengua, ha contestado que no dimite aunque se le pidan trajes de sacos. Está dispuesto a pagar toda clase de multas, porque para eso tiene dinero que le sobra; pero a dimitir no.

Con esos arrostos no tiene más que dirigirse a D. Antonio Maura, a ver si este señor pone de acuerdo sus hechos con sus dichos.

El premio gordo de la última lotería ha correspondido a Málaga.

Esto no tiene nada de particular, porque en alguna parte había de caer.

Uno de los agraciados es un exagente de policía, el cual se embolsará lo que corresponde a dos décimos: cincuenta mil pesetas.

Tampoco tiene esto nada de particular; la suerte es loca y por serlo va persiguiendo a ese hombre con un ensañamiento que da envidia.

El veinte de Noviembre le cayó el premio mayor.

En el sorteo de Navidad le dió un pellizco al segundo.

En el del sábado anterior le ha vuelto a caer el premio grande.

Ahí tienen ustedes a un hombre que cuando era polizón le garía siempre tarde y para atrapar la suerte no puede estar más a punto.

Y hay quien juega años y años a cogerla y no la atrapa una sola vez en el camino.

Leemos:

«Actualmente, según el Sr. Silveira, no hay pendiente ninguna huelga en toda la península.»

¡Pertenece a Sama de Langreo al Congo!

Allí hay huelga de mineros. Y antes pertenecía a la provincia de Asturias, de la península española.

Dice un periódico:

«Anteanoche, al pasar el tren correo por Barco de Valdeorras, fueron rotos a pedradas los cristales de un coche de segunda.»

¡Barco de Valdeorras...!

¡Ah! sí, el pueblo que festejó con disparo de cohetes la noticia de la muerte de Sagasta.

Conjetos de tal calibre no hay duda que se hará célebre.

DESCANSO DOMINICAL

Uno de los primeros asuntos que serán sometidos a la deliberación de las futuras Cortes, según dicen los periódicos, es el relativo al descanso dominical.

Esto del descanso dominical es una de tantas supercherías como se admiten dentro del convencionalismo moderno, sobre todo en un país como este, donde el 99 por 100 de los que se agitan en la más absoluta vagancia, son días ferias... para el descanso.

Descanso implica fatiga anterior, pero como las necesidades son más crecientes de día en día, siempre resultará que el que no disponga de reptas para satisfacerlas, no cesará trabajar sin descanso, esto es, de noche de día, por la mañana y por la tarde, los días de fiesta y los laborables.

El exceso de actividades determina la terrible lucha por la existencia. Para cada manifestación de trabajo remunerador hay plétera de solicitantes.

No de ahora, sino de mucho tiempo se sabe que hay más médicos que enfermos, más abogados que pleitos, más «currituchos» que teatro, más pretendientes para todo que ocupaciones ó empleos.

Todo está alambicado, minado, explotado y monopolizado en tales términos, que al que se descuida, le pasa lo que al perro de la fabula: que pierde lo seguro por lo dudoso.

En tales circunstancias, el descanso dominical es una verdadera situación. Piden descanso los que menos lo necesitan, y

aquellos que lo recibirían como un supremo don del cielo, no pueden admitirlo, porque si no trabajan, no comen.

Según el «Génesis», Dios hizo el mundo de la nada, en el espacio de seis días y al séptimo se descansó. De aquí arranca el descanso dominical, y como se ve el origen no puede ser más divino.

Y, sin embargo, se observa que en todo el orbe católico hay más tolerancia a infringir ese precepto, que en el mundo de los protestantes ó de los que practican otras religiones.

Ahí están, por ejemplo, los ingleses, los alemanes, los norteamericanos, etc.; que no predicán el descanso dominical; y sin embargo lo practican con el mayor rigor.

En cambio, en las naciones latinas se halla inculcado el descanso dominical y casi nadie lo guarda.

Los ministros son los primeros en dar mal ejemplo colabrando Copéjeo casi todos los domingos por la tarde.

Cuando el que trabaja tiene sus necesidades cubiertas puede permitirse el lujo de descansar todos los domingos; pero en España, donde los sueldos, los salarios, los jornales, y en suma las obervaciones de todo género son mezquinas é insuficientes, por no decir ridiculas, quién rehusará trabajar los domingos si obtiene alguna ventaja para sí ó los que de él dependen?

Las profesiones múltiples abundan precisamente por esa mezquindad en las remuneraciones.

«Conozco un buen padre» de familia, que por la mañana es tendero de alfileres, en un almacén; por la tarde funcionario público; por la noche primer flautista en la orquesta de un teatro de tercer orden, y que los domingos dirige en las afueras un «centro recreativo» donde hay café, de ese que llaman de agua de castañas; pim, pam, pum, cinematógrafo, y no se si también, tiro de pistola y «tío vivo.»

Con todas estas no dobles, sino triples y aun cuádruples naturalezas, apenas saca para mal comer, él y su gente; y este hombre que debe estar rendido y medio muerto, tiembla como un azogado a la sola idea de que se imponga el descanso dominical; porque si lo practica se desnuda, y si no lo cumple se condona.

Probado los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

56 UNA CORTA EN EL BOSQUE

de la muerte se presentaba a la imaginación de todos.

Redoblaba la actividad; el cañón estuvo cargado en un abrir y cerrar de ojos, y el soldado que traía la metralla venía rodeando el sitio en que el herido seguía quejándose.

VIII

Después de lo que ha tomado parte en un encuentro ha experimentado sin duda ese extraño sentimiento de disgusto, poco lógico, pero muy poderoso, respecto al sitio en que alguno ha sido muerto ó herido. Ese sentimiento dominó a mis soldados cuando hubo que levantar a Valentínuk y transportarle en una barreta que acababa de llegar. Jamás se aproximó de mala gana al herido, y a pesar de sus lamentos, cada vez mayores, lo levantó por los sobacos.

53 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Los movimientos de la tropa iban siendo más y más vivos. Por todos lados se elevaban, cada vez más frecuentes, las humaredas azuladas de las descargas.

Los dragones, con cintas en las lanzas, avanzaban impetuosamente. En las filas se oían las voces de mando, y el convoy de carretas, cargadas de municiones, se iba formando en la retaguardia. El general se acercó a nuestra batería y dió la orden de retirada.

El enemigo, escondiéndose tras los arbustos, a nuestro fianco izquierdo, empezó a hostigarnos con su fusilería. De la izquierda del bosque una bala vino silvando y fué a dar, en una curruña, luego en otra y después en otra. Nuestros soldados, que estaban tendidos en tierra junto a nosotros, se levantaron ruidosamente, cogieron sus fusiles y entraron en acción.

El fuego de fusilería aumentaba y las balas volaban por todas partes. La retirada empezó, es decir la verdadera batalla, como sucede siempre en el Cáucaso.

Claramente se veía que a los artilleros les hacían tan poca gracia las balas, como antes las granadas a los soldados de infantería. Antonov se incomodaba; Tchikin imitaba, burlándose, el silbido de las balas;